

LOS LIBROS ENCENDIDOS

Javier Pérez Walias

Día Internacional del Libro • 23 de abril de 2018

Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura

Texto adaptado a Lectura Fácil por la OACEX

LOS LIBROS
ENCENDIDOS

Javier Pérez Walias

© Junta de Extremadura

Dirección General de Bibliotecas, Museos y Patrimonio Cultural
Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura
Mérida 2018

Del texto: Javier Pérez Walias

Depósito Legal: BA-176-2018

ÍNDICE

Los libros encendidos9

Los libros encendidos adaptado a Lectura Fácil 13

Para *Alonso y Olimpia*

LOS LIBROS ENCENDIDOS

«Buenas noches, don Luis» —dice el sereno,
y al mirar hacia arriba,
vi iluminadas, obradoras, radiantes, estelares,
las ventanas,
—sí, todas las ventanas—,
Gracias, Señor, la casa está encendida».

LUIS ROSALES

«En los libros leídos está la sombra, el rastro de lo que fuimos, los diversos bocetos de nuestro aprendizaje estético y de nuestra evolución vital, los vestigios de ciertos afanes que un día nos conmovieron [...]».

LUIS LANDERO

Un libro —me dijo, en una ocasión, un poeta— es un manojito de fósforos desde el instante en que es rozado por la luz de la lectura. Con el tiempo, he sabido que tal afirmación es cierta. Un libro estará siempre dispuesto a iluminarnos, a encandilar nuestros ojos y nuestro estómago como un succulento plato encima de la mesa. Un libro siempre estará próximo, presto a echarnos una mano. Razón de más —pensé— para escribir un elogio a este leal amigo en alegrías y cicatrices. Pero, antes de encomendarme a redactar las líneas que siguen, debo confesarte, estimado lector, que he reflexionado bastante sobre si acometer o no dicha empresa, y cómo hacerlo. Me pregunto hasta qué extremo un escritor puede expresar, sin dejarse llevar por la pasión y en pocas palabras, un encomio digno de uno de los regalos más trascendentes y fascinantes que se ha hecho la humanidad a sí misma. Me pregunto —con palabras de Baltasar Gracián— si ahora «que todo el mundo anda al revés y todo cuanto hay en él es a la trocada», los libros no son más que objetos caídos en desgracia; artefactos, agradables al tacto e incluso al olfato, y bien parecidos

a la vista, que sobreviven en las estanterías de cualquier librería de viejo, de una gran superficie comercial, o de las bibliotecas públicas y privadas. Me pregunto si el libro no es —a día de hoy, en pleno siglo XXI— una desalmada mercancía que genera pingües réditos a las industrias papeleras, por ejemplo. Una encuesta reciente nos dice que un 40% de los españoles jamás ha leído un libro. «La encuesta hiela la sangre». Aunque fuera cierto lo dicho hasta aquí, niego la mayor. Lo niego a pies juntillas. No creo ni puedo permitirme el exceso de creer que ello sea así, sin más. Si así fuera, me rompería el alma por preservar una sola página —aunque solo una fuera— de una buena historia, o unos versos, y no necesariamente de Dante, San Juan, Quevedo, Sor Juana Inés, Valente o Gamoneda. Los libros, como las personas y sus corazones, nos llaman desde dentro —contienen vida en sí mismos—, laten en nuestro interior. Atesoran esperanza, nos proporcionan paz y sentido, nos regalan imaginación, cordura, fantasía y algún que otro baño de realidad.

Escribía yo, allá por el año 2005, un breve texto en homenaje al maestro chileno Pablo Neruda, titulado «Confieso que he leído» en homónimo acercamiento al título de su testimonial crónica *Confieso que he vivido*. Y es que la lectura y la vida transitan por la misma senda que los ríos, por los mismos campos de zafiros que la luz de las estrellas en las *Soledades* de Góngora, por los mismos poros que la tinta en el papel. Y es que, subido a una escalera, trasteando en los estantes así, de cerca, repasando los lomos de los libros con los dedos —como quien toca las teclas de un piano— se palpa la vida de forma diferente. Uno siente que, a su paso, la madera respira con el aliento de los que ahí descansan, con el aliento de los que desde ahí nos acompañan en dialogante y sabia conversación. Pero no siendo yo ni ama, ni sobrina, ni cura, ni barbero, nada más lejos de mi interés que emular —a la manera del de Lepanto— un «donoso y grande escrutinio» de títulos, y aun menos, salvar de las brasas del olvido aquellas obras que ya alcanzaron a lo largo del tiempo la misericordia de sus lectores. Y señalo, por ejemplo, a *Amadís de Gaula* o *Tirant lo Blanch*, cuyas lecturas, entre otras muchas, me han traído hasta este punto, convirtiéndome en lo que soy: un lector ávido de asombro. Los libros atesoran la gran metáfora de lo que somos, tanto en lo personal como en lo colectivo. Por ello, insisto, no haré un inventario a cuenta de los que he visitado a largo de los años. No es el momento ni el lugar. Aunque sí quisiera mencionar, siquiera, unos pocos recuerdos entrañables que han aflorado con el repaso de algunas de mis lecturas. Y es que estoy convencido de que elogiar un libro, cualquier libro, es defender la vida a cara de perro, a capa y espada, cuerpo a cuerpo, golpe a golpe o verso a verso. Y

así como el tiempo y el espacio nos determinan con sus rumbos cardinales (Plinio el Viejo en el horizonte), definiéndonos y modulándonos sin que hayamos elegido el cuándo ni el dónde nacer, así el que escribe tampoco elige su escritura. La escritura, como la luz, «es un don: no se halla entre las cosas/ sino muy por encima, y las ocupa/ haciendo de ello vida y labor propias». Por la misma «razón de la sinrazón que a mi razón se hace», los lectores nos convertimos en metamórficos protagonistas, *quijotes* y *sanchos*, de multitud de historias, de maravillas y genialidades librescas. Para ello se nos exige — tan solo — una condición: ser lectores, desprendidos y leales lectores. Así fue como me adentré en el Callejón del Gato y en su laberinto de espejos; en el gran laberinto de los libros que buscaban lector. Así fue como me precipité en este abismo inexplorado, sin ovillo de Ariadna ni corona luminosa. Así fue como me quedé boquiabierto una mañana de invierno, al abrir la puerta de una librería de lance y escuchar una vieja voz bronca que, desde el fondo, temblorosamente iluminada por un manojo de fósforos y oculta tras una torre de libros me dijo: «Quédese pasmado dentro o fuera, pero cierre la puerta. Hay corriente». Así fue como tembló todo el vértigo de los sueños dentro de mí, al sobrevolar las páginas de una *historia interminable* cabalgando sobre el lomo blando de un dragón blanco.

La magia de la lectura, debo decirlo también, entró en mi casa por el balcón, que daba a la Hermanitas de los Pobres, de la mano de sus majestades los Reyes Magos de Oriente. Gracias a ellos — allá por los años setenta del pasado siglo —, el salón de la casa se colmaba puntualmente, cada 6 de enero, de huéspedes: caballeros y damas, príncipes y princesas, guerreros y Amazonas, señoras y criadas, héroes, pícaros y heroínas. Gracias a Sus Majestades, tuve entre mis manos los libros de viaje de Marco Polo. Me los hice leer y aprendí mucho sobre «las diferentes razas de hombres y la variedad de las diversas regiones del mundo, [...] sus usos y costumbres» y «todas las grandísimas maravillas» de un tiempo lejano y extraño. La vida se alimenta de la literatura como un río de sus afluentes; la literatura se alimenta de la vida como el mar de las aguas dulces de los arroyos: la vida y los libros confluyen, se mezclan, se ordenan y desordenan en un infinito tráfago de fortuna. En los libros, como en la vida, se sufre de *desasosiego* y desamparo, y se disfruta; como en la vida, en los libros, Ella encuentra a su Odiseo, Él a su Penélope. En los libros conocimos a nuestros antepasados en medio de la refriega de una balacera o de una guerra; y conquistamos la libertad sobre la popa de un bajel «con diez cañones por banda» y «a toda vela». Todos tenemos nuestro *alter ego*, nuestro personaje gemelo esperándonos en las páginas perdidas de algún libro.

He viajado a muchos lugares: pueblos, ciudades, países, continentes —por tierra, mar y aire—, y siempre con un libro bajo el brazo. Con cada lectura, he viajado a donde los libros han tenido a bien llevarme. Sin ir más lejos, puse rumbo a Nueva York al menos en dos ocasiones, y con dos de los mejores compañeros de viaje: Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca. En su compañía, aún hoy, surco el océano y deambulo —de vez en cuando— por la ciudad de los rascacielos. «Los libros tienen mucho de sueños elaborados», me dijo Borges cuando visité al gran Ireneo Funes en su patio de tierra, en Fray Bentos, capital de Río Negro, en la República Oriental del Uruguay: un tipo tullido de cara taciturna y aindiada que «no sólo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado». En los libros, a menudo, me encontré con personajes maravillosos como «el gallo de la veleta, recortado en una chapa de hierro que se cantea al viento sin moverse y que tiene un ojo solo que se ve por las dos partes, pero es un solo ojo, [que] se bajó una noche de la casa y se fue a las piedras a cazar lagartos. Hacía luna, y a picotazos de hierro los mataba». Desde entonces, Alfanhú fue uno de mis mejores aliados de andanzas al relente de la *Intemperie*. Gracias a los libros me he codeado con «tesoreros y sirvientes, sabios y astrólogos, magos y bufones, mensajeros, cocineros y acróbatas, funámbulas y narradores de historias, heraldos, jardineros, guardianes, sastres, zapateros y alquimistas». E incluso me enamoré —«hasta las trencas»— de una emperatriz infantil que vivía en el centro de una flor. Y es que si «las pasiones humanas son un misterio», la lectura es el susurro generoso de un fabulador animal desconocido, o no tanto.

Los libros no están escritos, como dicen algunas malas lenguas, en un monocromo negro sobre blanco; los libros tienen alma, nos esperan con impaciencia para ser encendidos y han sido cuidadosamente *escritos con luz*: a la luz de una vela, unos; a la luz del carburo, otros; a la luz de una lámpara, algunos; a la luz de la sabiduría y del ingenio, los más. En un libro siempre hallaremos un *rayo que no cesa*.

Elogio

Los Libros Encendidos



Adaptación a Lectura Fácil del texto de Javier Pérez Walias

Texto adaptado por la OACEX

Este texto está adaptado a Lectura Fácil por la OACEX.

OACEX es la Oficina de Accesibilidad Cognitiva de Extremadura

La persona que ha adaptado este texto es Rosa Antolín.

La persona que ha validado este texto es Borja Carretero.

Este texto es un elogio al libro con motivo del Día Internacional del Libro.

Esto quiere decir que es un texto escrito como reconocimiento a los libros.

El texto original lo escribe el escritor Javier Pérez Wallas.

En este texto vas a encontrar palabras difíciles.

Estas palabras están en **negrita** y con un asterisco *.

Estas palabras se explican en cuadros al lado del texto.



También puedes encontrar textos entre comillas " ".

Estos textos son frases escritas en los libros.

LOS LIBROS ENCENDIDOS

Este texto está dedicado a Alonso y Olimpia.

"Todas las ventanas estaban encendidas
y parecían estrellas.

El sereno dijo:

- Buenas noches, don Luis.

Y yo le contesté:

- Gracias, Señor,
la casa está encendida".

Este es un texto del libro *La casa encendida*.

Un libro escrito por Luis Rosales.

"El rastro de lo que fuimos está en los libros que leímos.
Todo lo que aprendimos, nuestra evolución en la vida,
y el resto de lo que un día nos conmovió".

Este texto es del escritor Luis Landero.

Un poeta me dijo que un libro es como una cerilla
que se enciende cuando alguien lo lee.

Con el tiempo sé que esto es cierto.

Un libro está siempre dispuesto a iluminarnos,
a encender nuestros ojos y nuestro estómago
igual que un plato de comida en la mesa.

Un libro siempre está dispuesto a ayudarnos.
Esta razón es suficiente para escribir un elogio
al libro, este amigo leal en alegrías y penas.

Antes de comenzar este elogio
debo decir que he pensado mucho
cómo hacerlo.

Me pregunto cómo expresar en pocas palabras
un reconocimiento digno a los libros.

Los libros son uno de los regalos más importantes
que se ha hecho la humanidad a sí misma.

El escritor Baltasar Gracián decía que el mundo anda al revés
y todo lo que hay en él está cambiado.

Y yo me pregunto si ahora que el mundo está al revés
los libros son objetos caídos en desgracia.
O tal vez son objetos agradables de tocar, oler y ver
que sobreviven en estanterías de librerías o bibliotecas.

Me pregunto si los libros son solo una mercancía sin alma
que genera grandes beneficios a las fábricas de papel.

Una encuesta nos dice que 4 de cada 10 personas en España
nunca ha leído un libro.

Esta encuesta me sorprende.
Me niego a creer estos resultados.

Si así fuera, me rompería el alma por salvar una página de una buena historia
o unos versos y no de los más conocidos
como los de ***Dante, San Juan o Quevedo.**

***Dante, San Juan o
Quevedo:** son escritores
muy conocidos.

Los libros tienen vida en sí mismos,
nos llaman desde dentro
y laten en nuestro interior.

Los libros contienen esperanza
y nos dan paz y sentido.

Los libros nos regalan imaginación, cordura, fantasía
y realidad en ocasiones.

En el 2006 yo escribí un texto como homenaje a ***Pablo Neruda**.

El texto se llamaba "Confieso que he leído".
El título se parecía a un libro de Pablo Neruda
que se llama *Confieso que he vivido*.

***Pablo Neruda:** es un
escritor de Chile.

La lectura y la vida van por el mismo camino
que los ríos.

Por los mismos campos de zafiros
que las estrellas, como dice ***Góngora** en su obra *Soledades*.

***Góngora:** es un
escritor del siglo 17.

La lectura y la vida van por el mismo camino
que los poros y la tinta en el papel.

Subido a una escalera acaricio los libros de la estantería con los dedos,
como si tocara el piano
y puedo sentir la vida de forma diferente.

Al pasar, siento que la madera de las estanterías respira
con el aliento de los libros que ahí descansan.
Con el aliento de los libros que desde ahí nos acompañan
con una conversación.

Yo no soy ningún personaje de esos libros
ni quiero hacer una selección de títulos de libros.
Ni salvar del olvido obras que alcanzaron la misericordia de los lectores.

Como por ejemplo ***Amadís de Gaula o Tirant lo Blanch.**

Yo soy lo que soy por estos libros.

Yo soy un lector con ganas de asombrarme.

***Amadís de Gaula o Tirant lo Blanch:** son títulos importantes de la Literatura Española.

Los libros guardan la ***metáfora** de lo que somos
como personas y como colectivo.

***Metáfora:** es una comparación de conceptos que tienen relación.

Por eso no voy a hacer una lista de los libros que he leído.
No es el momento ni el lugar.
Sí quiero mencionar algunos recuerdos de mis lecturas.
Estoy convencido de que elogiar un libro es defender la vida.
Y así como no podemos elegir cuándo y dónde nacemos
los escritores tampoco eligen lo que escriben.

La escritura es como una luz.
“La escritura es un don
que no se encuentra entre las cosas.
La escritura está por encima de ellas
y las ocupa para hacer de ellas su vida”.

Por esta razón los lectores nos convertimos
en los protagonistas de distintas historias.
Como por ejemplo Don Quijote o Sancho Panza.

Para esto solo tenemos que ser lectores.
Y así yo entré en el ***Callejón del Gato**
y en su laberinto de espejos.

Entré en un laberinto de libros por leer.
Así comencé a explorar libros.

Así una mañana de invierno yo me quedé con la boca abierta al abrir la puerta de una librería y escuchar una voz que me decía:

“Quédese con la boca abierta dentro o fuera
pero cierre la puerta,
hace corriente.”

Así fue como imaginé que volaba en un dragón blanco
leyendo *La historia interminable*.

Los Reyes Magos también traían la magia de la lectura
a mi casa.

Gracias a los Reyes Magos mi salón se llenaba de personajes de los libros
en los años sesenta.

Los Reyes Magos me trajeron los libros de viaje de Marco Polo.
Aprendí mucho de estos libros.

“Aprendí de las razas de los hombres
y la variedad de las distintas zonas del mundo,
sus usos y sus costumbres”.

La vida se alimenta de la literatura
como un río se alimenta de sus afluentes,
como el mar de los arroyos.

Los libros y la vida confluyen, se mezclan,
se ordenan y desordenan.

En los libros como en la vida se sufre, se disfruta,
y encontramos el amor.

***Callejón del Gato:** es el nombre de un pasaje peatonal en el Madrid antiguo que aparece en el libro *Luces de Bohemia* de Valle Inclán.

En los libros conocemos a nuestros antepasados en medio de la guerra.

Y conquistamos la libertad **“con diez cañones por banda”** y **“a toda vela”**.

Todos nos identificamos con algún personaje de algún libro.

He viajado por muchos lugares y siempre llevo un libro conmigo.

Con cada lectura también viajo a donde los libros me quieran llevar. Por ejemplo he imaginado viajar a Nueva York con libros de escritores como Lorca y Juan Ramón Jiménez.

El escritor Borges me dijo una vez que los libros son como sueños elaborados. Un personaje de Borges recordaba cada hoja de cada árbol y cada vez que la había imaginado.

En los libros me encontré con personajes maravillosos.

“Como el gallo de la veleta.
El gallo es de chapa, se mueve con el viento.
El gallo solo tiene un ojo.
Una vez se bajó del tejado
y se fue a las piedras a cazar lagartos.
Era de noche y a picotazos de hierro los mataba”.

Este texto es de la obra *Industrias y Andanzas de Alfanhuí*.

Un libro escrito por Rafael Sánchez Ferlosio.

Alfanhuí fue mi aliado en mis aventuras a la ***Intemperie**.

“con diez cañones por banda” y **“a toda vela”**: son frases del poema "Canción del pirata" de José de Espronceda.

***Intemperie**: es un libro escrito por Jesús Carrasco.

Gracias a los libros he conocido a sirvientes, sabios y magos,
cómicos y mensajeros,
caballeros y narradores de historias, sastres, zapateros y ***alquimistas**.

***alquimistas:** es una persona
que trasforma los metales.

Incluso me enamoré de una emperatriz que vivía en una flor
en el libro de *La historia interminable*.

Y es que si las pasiones de las personas son un misterio,
cada lectura es el susurro de una persona desconocida.

Los libros no son solo letras negras escritas en un papel en blanco.
Los libros tienen alma.
Los libros esperan a los lectores para que los lean
y así ser encendidos.

Los escritores escriben los libros con luz.
A la luz de la vela.
A la luz del carbón.
A la luz de la lámpara.
A la luz de la sabiduría.

En un libro siempre encontraremos un rayo que no se apaga.

Elogios de la lectura:

- 2002 *Elogio de los libros*. Álvaro Valverde.
- 2003 *El festín de Alejandría*. José Luis García Martín.
- 2004 *Tampoco a mí me gusta* (elogio adolescente de la lectura).
Javier Rodríguez Marcos.
- 2005 *Quijotes*. Antonio Sáez Delgado.
- 2006 *La lectora salvaje*. Isaac Rosa.
- 2007 *La Vida silenciosa*. Ada Salas.
- 2008 *Sitio de todos*. José Antonio Zambrano.
- 2009 *La lectura como recompensa*. Irene Sánchez Carrón.
- 2010 *En el principio fue el sonido*. María Rosa Vicente Olivás.
- 2011 *La Vida que nos damos*. Basilio Sánchez.
- 2012 *Inventario del infinito*. Javier Alcaíns.
- 2013 *Las palabras y las cosas*. Antonio Orihuela.
- 2014 *La lectura, qué gran misterio*. Pilar Galán.
- 2015 *Un libro, una pasión*. Laura Rosa Tardío.
- 2016 *¡Desenfunda, forastero!* Elías Moro Cuéllar.
- 2017 *El libro en la era del consumo*. Diego Doncel.
- 2018 *Los libros encendidos*. Javier Pérez Walías.

Día Internacional del Libro

23 de abril de 2018

Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura

<http://lecturaextremadura.gobex.es>



JUNTA DE EXTREMADURA